

VIII. LA RIQUEZA DE LAS NACIONES Y EL PODERIO DE LOS ESTADOS

A lo largo de los siglos XVI y XVII, así como en el XVIII, prosiguieron los prolongados procesos del capitalismo primitivo, cada uno de los cuales impulsó a veces a los otros y a veces también los demoró o inclusive los ocultó de la vista. La población aumentó. Una estimación aproximada, tan buena como la que más en este campo tan escasamente iluminado, es que Europa, la totalidad del Continente al oeste de los Montes Urales, tenía cerca de 95 millones de habitantes en 1600, 130 millones aproximadamente en 1700 y en 1930 cerca de 475 millones.

Al mismo tiempo, hubo un mejoramiento constante, aunque no asombroso, de los transportes. En todos los países más prósperos, los caminos, con todo lo que les acompañaba, vehículos, diligencias y posadas se mejoraron, lo mismo que las razas de caballos para montura, para el arrastre de vehículos y para transportes de carga. Hubo también barcos con mejores aparejos, y más largo recorrido; hubo más barcos, y barcos mejores. Muelles y puertos se tornaron más espaciosos. Se adaptaron los ríos para la navegación y algunos de ellos se conectaron con canales. Cada mejoramiento de los transportes permitió a un número mayor de vendedores llevar sus artículos a los mismos mercados y, de tal modo, permitió a quienes podían producir más barato y en mayores cantidades vender a menor precio que sus competidores; propendió a concentrar la producción de cada artículo en los lugares más favorables, ya sea por su situación, por su fácil acceso a las materias primas o por la baratura y habilidad excepcional de su fuerza de trabajo. De tal manera, juntó a gran número de personas dedicadas a las mismas ocupaciones o a tareas que se complementaban, sacándolas de las regiones en las que no se podía producir para los mercados distan-

tes: diferenció a las regiones. Los distritos industriales y las regiones que exportaban productos agrícolas se volvieron más especializados y gran parte del incremento de la población se concentró en ellas, mientras que otros lugares perdieron habitantes y mucha gente no se dio cuenta de que la población total aumentaba.

Algunas grandes industrias tenían que estar cerca de la madera y del agua, y por eso en muchas partes de Europa los distritos industriales no estuvieron formados por ciudades, sino por aldeas o poblados dispersos en el campo. En la industria de los tejidos se utilizaban molinos de agua para el abatanado y otros procesos de acabados; se comenzaron a usar para la compleja maquinaria italiana, de reciente invención, para el "torcido" de la seda. Las industrias metalúrgicas utilizaban grandes cantidades de leña como combustible y por eso florecieron donde las minas se hallaban cerca de bosques. Sólo en unos pocos lugares, especialmente en Inglaterra, se usaba carbón como combustible de la industria. Sin embargo, el comercio, al contrario de la industria, levantó ciudades por doquier. Su naturaleza consiste en reunir artículos en lugares en que se pueden escoger, clasificar y vender, y desde los cuales pueden distribuirse con la mayor ventaja posible. La vida en la ciudad, al parecer, se tornó más saludable a medida que las ciudades fueron aumentando de tamaño. Es difícil explicar este fenómeno, ya que el conocimiento médico aumentaba muy lentamente y no existía nada semejante al gran movimiento de saneamiento que surgió en tiempos posteriores; pero, desde mediados del siglo XVII, hubo más y mejores médicos y hospitales, y prácticamente todos ellos se hallaban en las ciudades. Quizá, la causa fue una mejor dieta. Parece haber pruebas de que en las ciudades inglesas, francesas, alemanas y suizas la tasa de mortalidad disminuyó entre 1550 y 1720. Todavía era muy alta, especialmente la de mortalidad infantil, y cada país se hallaba expuesto aún a hambres periódicas y terribles epidemias; pero surgió

un nuevo interés por las estadísticas de población, quizá no por accidente, cuando la pericia y la previsión humanas comenzaron a influir en el volumen de la población y en la duración de la vida.

Los políticos pensaron mucho en estas cifras y aspiraron a regularlas; sus ambiciones al respecto, en verdad, superaban a lo que era posible realizar en aquellos días de organización deficiente. Existía la opinión general de que una gran población conducía a la riqueza. Se presentaron fases de depresión económica en las que se oyó la opinión contraria, como cuando los partidarios entusiastas de la colonización abogaban por la emigración como medio de aliviar el desempleo y el exceso de población; pero en la segunda mitad del siglo XVIII Europa necesitaba hombres; la corriente de emigrantes que se dirigía a América fue mucho menos fuerte y estaba justificado el deseo general de poseer una población densa. Además de los motivos puramente económicos, los políticos tenían otras razones para favorecerla. Una gran población era la base de la fuerza militar. A medida que el Continente se fue haciendo más rico y populoso, aumentó también la escala de las guerras. Los ejércitos se volvieron más grandes. Al parecer, durante más de un siglo después de los últimos años de Carlos V, ningún general tuvo a sus órdenes a más de 50 000 hombres en armas. Pero durante las grandes guerras que comenzaron hacia 1660 se observó un aumento numérico, de modo que los franceses y la coalición que se les enfrentó tenían ejércitos que pasaban de los 100 000 hombres. No eran ejércitos nacionales. Estaban todavía constituidos por tropas mercenarias reclutadas en todos los países y en que la paga era un aliciente para prestar servicio militar; pero el elemento nacional se iba tornando cada vez más importante. Los estados más fuertes poseían nuevos y mejores métodos administrativos, e impidieron que sus súbditos sirvieran bajo banderas que no fueran las suyas. De todas las grandes potencias, Francia

era la más unificada y su gran número de habitantes era la base de su poderío. Otros estados, por tanto, tenían razones para aumentar el número de sus súbditos, ya sea mediante anexiones de territorio o bien fomentando el bienestar económico; y razones también para unificar a sus pueblos de todas las formas que pudiesen producir ejércitos más coherentes.

Otras consideraciones de naturaleza semejante a éstas, pero de alcance todavía mayor, afectaron a la vida política y económica. Los ejércitos imponían mayores demandas a la economía de sus países. Cuando uno de ellos mejoraba su equipo, los otros tenían que ponerse a su altura o superarlo, para no correr riesgos. Se necesitaron más artillería, más armas pequeñas, un volumen mayor de municiones, más medios de transporte, grandes depósitos de alimentos, ropa y calzado para no hablar de una paga mejor y más regular. Junto con el crecimiento de los ejércitos se produjo el aumento de las armadas. En el siglo XVI, los barcos de guerra especializados no abundaban fuera del Mediterráneo, donde el buque de guerra era todavía, como en los tiempos homéricos, una galera de remos, una nave sencilla relativamente fácil de equipar. En gran parte, la guerra naval era llevada a cabo por mercantes armados recogidos en los puertos. Después de Lepanto y de la Armada Invencible hubo un intervalo en que no existieron grandes y costosas armadas en ninguna parte. Después, los nuevos Estados marítimos del Atlántico comenzaron a construir sus flotas. El buque de vela, con sus bandas armadas de cañones, dominó el Mediterráneo. Los buques mercantes desaparecieron de la línea de batalla. Poco después de mediados del siglo XVII, holandeses e ingleses comenzaron a combatir mutuamente con grandes flotas de guerra y los franceses trataron de emular su poderío naval, tal como otras potencias intentaban alcanzar el grado de excelencia de los ejércitos terrestres franceses. Estas flotas no podían equiparse con los recursos internos de las

potencias atlánticas. Hicieron gran uso de tales recursos: el reclutamiento para la armada sangraba a la marina mercante; al igual que para los ejércitos, se necesitaban cañones, municiones, ropa y vituallas; pero se utilizaba madera en cantidades que sólo Noruega y los países del Báltico podían suministrar, así como brea, alquitrán y material para velas y cordajes. Para comprar y transportar estos necesarios artículos se necesitaron nuevos recursos financieros.

La guerra dio a los estados estas apremiantes razones para ocuparse de los asuntos económicos en una época en que los hombres de negocios se complacían en trabajar al lado de los estadistas. Aunque en los negocios bien dirigidos un trato deja al comprador y al vendedor en mejor situación que antes del negocio, en aquellos días se solía decir que la ganancia de una nación era la pérdida de otra. Cuando los comerciantes europeos comenzaron a pujar entre sí como compradores o vendedores en los mercados de Europa, Asia y América, se encontraron a menudo con que los embajadores habían llegado antes que ellos, para negociar tratados que dieran a sus naciones un monopolio o una preferencia. Desde tiempos inmemoriales, la manera de asegurarse un comercio lucrativo consistía en obtener un monopolio. En cada pequeña ciudad, había alguna gilda o gremio que disfrutaba del derecho exclusivo de hacer o de vender este o aquel artículo. En cada puerto había muelles legales donde los barcos tenían que descargar y pagar sus impuestos; cada Estado tenía sus barreras comerciales, ya fuese que simplemente impusiera tributos especiales a los extranjeros en sus propios puertos o que tratara de cerrar al comercio mares enteros, como lo hicieron los venecianos en el Adriático, los daneses en Islandia o los españoles en el Pacífico. A este respecto, también, los años centrales del siglo xvii, parecen haber señalado una nueva fase. El final del gran aumento de los precios fue la manifestación del final de la larga fase de expansión. La

producción y el transporte se habían puesto a la par de la ampliación de los mercados y era más difícil encontrar nuevas salidas al comercio. La competencia era más intensa. Algo podía hacerse mediante la mecanización, o reduciendo los costos, pero la manera más rápida de aventajar a un rival consistía en obtener el apoyo del Estado contra él. Muchas de las características de la vida económica de esa época se desprendieron de la concesión de este apoyo.

Primero, hubo un proteccionismo mediante el cual un Estado reservaba determinadas oportunidades económicas para sus propios súbditos. En principio, esto se remonta a los comienzos del mundo, y viejos estados comerciales, como Venecia, lo habían practicado con mucho refinamiento; pero, hasta que alcanzaron una determinada unidad interior y un cierto grado de eficiencia, los grandes estados territoriales sólo pudieron utilizarlo en forma burda y fortuita.

Su instrumento característico era el arancel. En el siglo xvii, ningún Estado podía levantar una barrera comercial tan impenetrable como la de los Estados de los siglos xix y xx. Su dominio de la sociedad era todavía imperfecto. Comúnmente, tenían que trabajar a través de funcionarios corruptibles, o mediante alcaballeros cuyos intereses podían ser opuestos a los del Estado y de la comunidad comercial. Pero existía una tendencia a imponer aranceles más estrictos basados en principios racionales, aunque miopes. El principal fue el principio de la balanza comercial. Ésta era la concepción de que el comercio de un país debía juzgarse mediante un balance anual semejante al de un negocio. El mercader, con un vistazo a su libro mayor, puede decir cuáles de sus operaciones han sido lucrativas y cuáles no, y, así, los economistas del siglo xvii consideraron ventajosas algunas ramas del comercio y perjudiciales otras. Favorecieron sobre todo aquellas que les proporcionaban los bienes que no podían suministrarse a sí mismos, especialmente los metales preciosos, a cam-

bio de artículos manufacturados que empleaban a los trabajadores nacionales. El comercio con las colonias satisfacía estos requisitos, al contrario de gran parte del comercio dentro de Europa. Por tanto, cada país levantó sus aranceles, y dispuso otras medidas de protección, como las leyes de navegación, a fin de reservar el comercio colonial y otros tráficos lucrativos para sus propios súbditos, e intentó también que sus ciudadanos se limitaran a estos canales de escogidos.

La contraparte del fomento estatal fue la regulación por parte del Estado. Cuanto más autoritario era un Estado, y cuanto mejor pretendían conocer sus funcionarios los asuntos económicos, tanto más propendieron a establecer reglas para normar la vida económica. A este respecto tampoco hacían más que continuar, con mayores poderes y en una esfera más amplia, actividades transmitidas por sus predecesores; pero ahora tenían el nuevo objetivo y el nuevo incentivo de fomentar la unidad y el poderío de sus reinos. Gracias a las nuevas facilidades de movimiento y a los nuevos métodos para estimar recursos, consideraron todo el país como una granja gigantesca. Las viejas franquicias feudales y las inmunidades locales, con las que estaban barriendo, eran censurables principalmente porque permitían a poderes rivales establecerse en oposición al Estado; pero, a menudo, obstaculizaban también la producción de riqueza. Cuando un noble o una municipalidad imponían un tributo sobre un tráfico fluvial, interrumpían el libre movimiento de los bienes y frenaban la concentración de la industria en los centros más prometedores. Los gobiernos trataron de suprimir estas barreras. El estadista característico del tiempo fue el gran ministro francés Colbert, que ejerció el poder desde cerca 1660 hasta su muerte, en 1683. Sus aranceles sucesivos fueron mojones que señalaron la consolidación del proteccionismo europeo; pero realizó una tarea todavía mayor al tratar de suprimir algunos de los aranceles interiores que rodeaban a las viejas provincias que se habían com-

binado para formar el reino de Francia, tal como él se lo encontró. Mientras se hallaba entregado a esta obra negativa de excluir al comercio extranjero y hacer desaparecer los obstáculos interiores, fue natural que pusiera también sus energías en realización de la obra positiva consistente en incrementar la producción industrial. Promulgó muchas disposiciones que tenían por objeto elevar la calidad de los productos manufacturados y proporcionar el capital para su expansión.

El paternalismo de Colbert tuvo otro lado negativo. La empresa económica no podía encauzarse en los canales que los gobiernos consideraban deseables, sin cerrar los demás, y muchos hombres de negocios franceses hubiesen preferido correr sus propios riesgos y cometer sus propios errores. Estaba lejano todavía el tiempo en que el comercio estatal y la dirección estatal de la industria fuesen alternativas posibles de la empresa privada. Inclusive la fabricación de artículos como los explosivos, cuyos únicos grandes consumidores eran los estados, estaba principalmente en manos de empresas particulares, y de tal modo, cuando los estadistas trataron de fomentar las industrias, comúnmente actuaron como extraños mal informados. La forma característica de empresa en gran escala era la sociedad anónima, a la que el Estado concedió un monopolio. No era una forma totalmente nueva, pues había aparecido ya en épocas anteriores, cuando así lo habían exigido las circunstancias; a partir de mediados del siglo xvi, se utilizó en los grandes negocios de los ingleses, los holandeses y los franceses. En una sociedad anónima muchos accionistas aportaban el capital y dejaban su administración en manos de un círculo interior. Reunían acumulaciones de capital mucho más grandes que las que aun los mercaderes más ricos se habrían atrevido a invertir en un solo negocio, y era posible que los accionistas entraran y salieran de la compañía sin trastornar la continuidad de sus negocios. Por supuesto, había peligros especiales de fraude y mala

administración; pero el sistema echó raíces; en Inglaterra, la aristocracia, e inclusive los reyes, lo aprovecharon para invertir en empresas comerciales e industriales. En Holanda, donde la clase de los hombres de negocios casi coincidía con la de los gobernantes, se formaron varias grandes compañías con el fin de realizar un comercio colonial que no se podía distinguir de la guerra contra España. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales, la más grande empresa comercial del siglo xvii europeo, se convirtió casi en una potencia imperial. En Francia, donde la autoridad real estaba más difundida que en cualquiera de estos países, se crearon sociedades anónimas para llevar a cabo la política de Colbert, pero, para su desgracia, nunca pudieron sacudirse esta tutela.

Las instituciones financieras cambiaron en consonancia con estos y otros cambios de los tiempos. La decadencia política de España fue acompañada del derrumbe de las finanzas internacionales que habían alimentado la guerra y la diplomacia. Las grandes familias de banqueros ya no podían satisfacer las demandas de los estados; los reyes españoles y algunos más perdieron el crédito, que es lo único que puede hacer que quien toma en préstamo pueda tener por aliado a su banquero. Cada etapa de la decadencia militar y política de España se señaló por un desconocimiento de las deudas públicas. A fines del siglo xvi y a principios del xvii ninguno de los grandes estados de la Europa occidental tenía una hacienda sana, y cuando surgió un nuevo sistema fue distinto del antiguo. Los estados tomaron préstamos extranjeros en mayor escala todavía que antes, pero entre los prestamistas figuraban ahora estados y bancos a los que respaldaban más o menos directamente los estados. Las finanzas particulares estaban conectadas con las finanzas públicas. Los holandeses, innovadores en múltiples campos de los negocios, erigieron un sólido sistema bancario propio, y Amsterdam se convirtió en el gran mercado monetario

del siglo xvii. Hacia fines del siglo, en Londres, se idearon métodos adecuados a las condiciones inglesas y no había avanzado mucho el siglo xviii, cuando Londres, aunque todavía era un centro para tomar en préstamo, mientras que Amsterdam era el centro para dar en préstamo, se convirtió en un rival por el primer lugar en el mundo de las finanzas.

La teoría y la práctica económica de esta edad, cuya manifestación clásica fue Colbert, se resumen a menudo bajo el nombre de "mercantilismo" o de "sistema mercantil", palabras que se han entendido de muchas maneras, pero que casi siempre designan una estrecha asociación de factores políticos y económicos. Los estados buscaban incrementar su poderío gracias a la prosperidad económica. En el interior, trataron de aplacar el descontento y poner término a la desunión mediante una política de bienestar. Una de las maneras de lograrlo consistía en suprimir las restricciones y obstáculos al comercio, mientras otra era la de estimular la producción; pero el comercio exterior parecía ofrecer las mayores oportunidades de enriquecimiento y los más grandes mercados para las industrias nacionales, de modo que un Estado fuerte dio forma a su propio país ejerciendo presión contra la resistencia de los estados vecinos. A esto se le ha llamado acertadamente el aspecto económico de la soberanía. El surgimiento de los Estados soberanos, por el doble proceso de vencer a las autoridades rivales en el interior de sus reinos y de eliminar la intromisión o jurisdicción de potencias extranjeras, coincidió en numerosos puntos con el gobierno paternalista y los celos comerciales. Sin embargo, a menudo se exageran estas verdades. En la práctica, la política nunca estuvo a la altura de sus declaraciones, y el cuadro de la civilización occidental en sus aspectos económicos estaba todavía lleno de variedad y confusión. Casi ninguna de las generalizaciones comunes acerca del mercantilismo tiene validez por lo que respecta a la más grande nación comercial de la época,

Holanda. En ella, los intereses comerciales eran tan fuertes y el Estado estaba tan poco centralizado que casi cualquier oportunidad de hacer negocio podía aprovecharse, sin esperar la sanción de ningún cuerpo co-ordinador. Así también, en muchos países, operaban fuerzas en la vida económica que se oponían directamente a las tendencias unificadoras.

El aumento de riqueza a través del comercio llevaba implícito, o mejor dicho, era un incremento de todas aquellas actividades que se llevaban a cabo mediante el trato comercial, las transacciones en dinero y los cambios basados en cálculos cuantitativos de utilidad. Significó una mengua de todas las actividades reguladas por la costumbre, la tradición y la autoridad, que no fueron regidas ya por el rango o la posición social, sino por el simple contrato. En el siglo xv, una gran parte de los habitantes de Europa casi no manejaban dinero. Por ejemplo, un agricultor podía conservar su casa y su granja heredadas sin pagar renta, con sólo trabajar las tierras del señor; podía tener el derecho de recoger leña en los bosques de su señor; solía pagar al molinero que molía su trigo con una parte del grano; contribuía a la Iglesia dándole diezmos de sus productos. Hacia fines del siglo xvii, gran parte de la población, especialmente la urbana, de Inglaterra, Holanda y Francia, vivía dentro de una economía basada en los ingresos; el cabeza de familia planeaba su trabajo con el fin primordial de tener un ingreso en dinero, y gastaba la mayor parte de tal ingreso cuando y mejor le parecía. Su libertad de ganar y gastar dinero tenía límites, ya que debía pagar impuestos al Estado en metálico y tenía responsabilidades legales o morales para con su familia y quizá para con sus empleados, pero salvo algunas trabas como éstas, la economía de ingresos significó libertad. Allí donde una gran parte de los individuos de una comunidad próspera disfrutaba de libertad para elegir entre ahorrar o gastar, y en qué invertir o gastar, el resultado total de sus preferencias individuales era

un determinante independiente de la vida económica. Podía establecer comercios o industrias en los que nunca hubiesen pensado los estadistas y economistas, o que éstos hubieran incluso desaprobado y temido. Podía también quitarles su alimento a los que aquéllos trataban de fomentar. De modo que el sistema mercantil, en la medida en que existió, nunca logró que una economía nacional operara como un regimiento bien disciplinado, sin otra voluntad que la de su comandante.

En la práctica, el mercantilismo tuvo que luchar por todas partes con los obstáculos tradicionales a los que se oponía conscientemente, y también con estos nuevos concomitantes del desarrollo económico. No hubo un campo en el que realizara tan poco como en el del bienestar de los campesinos y los asalariados. El descontento popular se fue haciendo menos alarmante para los gobiernos a medida que éstos se impusieron a las fuerzas feudales o municipales que podrían utilizarlo en una revuelta armada. Siempre que los tiempos malos o las flagrantes injusticias causaban una pobreza intolerable, o la confusión política inflamaba los eternos agravios de los oprimidos, se produjeron levantamientos de campesinos y motines de jornaleros; pero, en conjunto, se sofocaron con mayor facilidad en el siglo xvii que en el xvi y todavía más fácilmente a fines del siglo xvii que en el anterior. Hubo un periodo de muchos trastornos a mediados del siglo xvii, en lugares tan diferentes como Inglaterra, Bohemia y Suiza; y debe explicarse por motivos de carácter político y económico, local y general. Por razones igualmente complejas, las últimas décadas del siglo xvii inauguraron un periodo más ordenado, que duró hasta bien entrado el siglo xviii. Sin embargo, los gobiernos todavía albergaban constantemente el miedo a la rebelión y, aparte de eso, tenían el sentido suficiente para darse cuenta de que, por todos conceptos, era mejor que el pueblo disfrutara de salud y viviera contento. Los sentimientos humanitarios no eran impotentes. En los paí-

ses más ricos la caridad de los particulares y de los gobiernos hizo mucho a favor de los desocupados, los enfermos y los huérfanos. Aunque ocasionalmente se oían amargas quejas contra el orden establecido de rangos sociales y de gobierno, nunca fue derrocado ni seriamente criticado. Cuando un gran número de trabajadores industriales se congregaba en las ciudades, surgían huelgas tumultuosas, y entre los artesanos más prósperos comenzaron a aparecer las primeras señales del sindicalismo; pero, no eran más que comienzos y no puede decirse que modificaran la posición general de los trabajadores. En ningún país surgió nada que se asemejara a un movimiento general de la clase obrera. Los obreros manuales de las distintas ocupaciones económicas no tenían conciencia de sus intereses comunes, ni poseían una red de comunicación entre sí. Solamente en movimientos políticos y religiosos actuaron de consuno en zonas extensas; los pensadores de la escuela mercantilista creían, en su mayor parte, que la industria nacional prosperaría mejor si la fuerza de trabajo era barata. Si la guerra civil y el descontento social desempeñaron un papel menos importante después de mediados del siglo xvii que en fechas anteriores, esto no fue la recompensa de una política de bienestar, sino que se debió, en parte, a que los estados eran más fuertes y más capaces de mantener el orden y, en parte, a que los procesos de una economía mal dirigida dieron cierta parte de la nueva riqueza a cada una de las capas de la sociedad.

Como en sus demás aspectos, en el económico, la soberanía, reunió en torno de unos pocos grandes centros el poder que se halla disperso entre muchos más pequeños y, de esta manera, simplificó el cuadro de los conflictos europeos. De éstos, el ejemplo más notable es el de los conflictos coloniales. Los portugueses y los españoles, como hemos visto, levantaron su comercio y sus imperios bajo los auspicios y disposiciones reales; pero las nuevas naciones colonizadoras mantenían rela-

ciones mucho menos estrechas con sus gobiernos. La reina Isabel de Inglaterra otorgó patentes que autorizaban a sus capitanes mercantes a hacer la guerra; y recibió acciones de las compañías que los financiaban. Sus ministros, y los del monarca que la sucedió, vigilaron de cerca sus actos y les dieron apoyo diplomático cuando reclamaban para sí el derecho de comerciar o de colonizar los territorios en que los españoles no habían ejercido una ocupación efectiva. Dieron el más alto rango diplomático a representantes en Turquía y en la India, nombrados y pagados por las compañías comerciales. Pero consideraron que el comercio, en sí mismo, era asunto de las compañías o de los comerciantes y no del Estado; ni prescribieron reglas para su administración, ni tomaron la iniciativa para levantar las barreras que les ponían los gobiernos extranjeros. Algunos de los colonizadores ingleses que alcanzaron mayores éxitos no le debieron casi nada al apoyo oficial. Nueva Inglaterra fue fundada por refugiados religiosos, cuyas cédulas reales simplemente les dieron autorización para realizar sus fines sin que se les molestara. Los gobiernos francés y holandés mantenían relaciones diferentes con las empresas privadas, pero sus colonizadores gozaban de mayor exención de vigilancia que sus compatriotas en la madre patria. Ninguno de estos tres gobiernos, por tanto, hizo suyas las disputas de sus mercaderes y colonos, salvo en casos de razón manifiesta. Sus asuntos europeos, que envolvían las cuestiones de guerra e invasión, eran mucho más importantes para ellos que los asuntos coloniales, y éstos no tardaron en crear una rivalidad de todos contra todos entre las compañías comerciales, que no se hubiera podido transferir a Europa sin dar lugar a la anarquía.

Así, en la primera mitad del siglo xvii, hubo guerras informales en el mundo colonial que no tuvieron como secuela guerras europeas, porque los gobiernos europeos no estaban comprometidos en ellas. Cuando Inglaterra y España estaban en paz, era todavía una máxima de

los piratas ingleses la de que no había paz más allá de la línea. Cuando los ingleses trataron de iniciar el comercio con las Islas de la Especiería, los holandeses los arrojaron recurriendo a la violencia. Balleneros ingleses y holandeses luchaban en el Ártico. Existía una enconada rivalidad anglo-holandesa, donde quiera que los ingleses trataban de comerciar, y los gobiernos suministraban a sus connacionales municiones y muchas otras cosas más. Esta rivalidad condujo a una larga serie de negociaciones diplomáticas pero, a lo largo del periodo de la Guerra de los Treinta Años, la amistad entre estos dos estados era una necesidad, por lo que ninguna de estas negociaciones terminó en un ultimátum. Cuando los portugueses iniciaron su guerra de independencia, se volvieron casi automáticamente aliados de los franceses contra los españoles; pero esto no era razón para que los holandeses abandonaran sus esfuerzos por conquistar el Brasil, y siguieron luchando contra los portugueses allí, aunque indirectamente lucharon en su favor en Europa, en su calidad de aliados de los franceses.

Hubo otros casos semejantes, aunque en menor escala y en lugares muy remotos, en tiempos posteriores. En el siglo xvii, por ejemplo, durante una fase de amistad entre Francia e Inglaterra, los funcionarios franceses del Canadá hicieron algo más que disimular la captura y destrucción de los puestos comerciales ingleses en la bahía de Hudson. Pero esto era entonces una excepción y se había alterado la norma general. A mediados del mismo siglo, los nuevos estados coloniales se habían vuelto tan fuertes, su vigilancia del comercio colonial era tan estricta y celosa y los asuntos del mundo estaban tan estrechamente entretreídos que ya no podía haber hostilidades en la periferia y paz en el centro. Primero, la disputa entre holandeses e ingleses culminó en una guerra regular librada en las aguas territoriales de sus países. A esta guerra contribuyeron otras causas, pero la principal, con mucho, fue la rivalidad en los

mares y en las Indias. Pocos años más tarde, los holandeses y los portugueses libraron una guerra declarada. Los franceses, que lamentaban esta división entre los antiguos enemigos de España, los persuadieron para arreglar sus diferencias. De la misma manera, cuando la rivalidad anglo-holandesa produjo otras dos nuevas guerras, a sólo una generación de distancia de la primera, el conflicto logró arreglarse antes de ser decidido por las armas, en virtud de que un peligro europeo, representado esta vez por Francia, les pareció a ambos combatientes más alarmante que todo lo que podían temer el uno del otro. Estos peligros mayores y más cercanos en Europa todavía pesaban mucho más que los asuntos del Ultramar; pero las relaciones políticas de Europa y el mundo exterior quedaron permanentemente alteradas. En lo sucesivo, los gobiernos europeos intervinieron de lleno en las disputas coloniales y estas fueron un elemento permanente de las causas de las guerras europeas.

Por esta razón, y por otras que necesariamente se comprendían de las condiciones de la época y de la política mercantilista, cada una de las grandes guerras que se libraron en la segunda mitad del siglo tuvo un padecimiento económico. Los plenipotenciarios se armaron de estadísticas comerciales y varios de los grandes tratados de paz incluyeron convenios que estipulaban modificaciones de los aranceles. Surgieron también nuevas fórmulas en los documentos diplomáticos, que parecían implicar un ordenamiento más racional en los asuntos internacionales. El equilibrio del poder, o equilibrio de Europa, parecía una concepción tan científica como la de la balanza comercial y guardaba mayor relación con los intereses generales. El francés Sully, estadista del más alto rango, lo convirtió en un proyecto para mantener la paz permanente entre los estados europeos. Sus territorios deberían ordenarse de tal modo que nunca pudiese convenirle a nadie convertirse en agresor, y deberían constituir una federación para hacer la

guerra a los enemigos de la cristiandad, sobre todo a los turcos. La significación de este proyecto, y de las demás proposiciones de paz perpetua a que dio origen este periodo, fue solamente la de manifestar un deseo de establecer un mejor orden internacional y una creencia en que la política podía poner término a las guerras endémicas de Europa; aunque, más que creencia, quizá fue sólo una esperanza o un deseo. En la práctica, ninguno de estos planes ejerció la menor influencia; ni tampoco la concepción del equilibrio de poder proporcionó algo más que una fórmula para la acción común que los estados, de cualquier modo, hubieran adoptado al verse amenazados de una agresión, o al convenir alguna división de territorio entre ellos. En lo fundamental, las relaciones internacionales no se hicieron ni más cooperativas ni más científicas.

Algunos historiadores han atribuido la culpa de ello a un hombre, el rey Luis XIV, que gobernó a Francia durante más de cincuenta años, exactamente en la época en que el ascendiente de Francia en la vida intelectual de Europa se hallaba en su cénit. El idioma francés se convirtió no sólo en la lengua de casi toda la diplomacia, sino también en el idioma internacional de las clases cultas y comenzó a ocupar el lugar del latín como vehículo de las relaciones culturales. La literatura francesa alcanzó una perfección clásica. Las tragedias de Racine y las comedias de Molière llegaron a ser propiedad y modelo de toda Europa. Luis fue un gran maestro de la etiqueta y la pompa, y Versalles, fundado por él, se convirtió en el modelo de las cortes reales. Francia dictó la moda en el vestir. La Academia francesa y las organizaciones de menor rango, para el cultivo de las ciencias especializadas, obtuvieron alto prestigio. Sin embargo, en muchos respectos, la Francia de Luis XIV estaba anticuada y no la había tocado el alba de la ilustración. Se ejercía una severa censura de las publicaciones. Francia no sólo quedó al margen del movimiento en pro de la tolerancia, sino que

se privó a los hugonotes de la tolerancia que hasta entonces disfrutaron. No habían dado motivos para ello, ni representaban un peligro político; pero Luis los presionó desde el principio de su gobierno personal. Para convertirlos se utilizó primero la propaganda y luego la persecución, comenzaron a emigrar, para ventaja de los países protestantes que los acogieron; y, finalmente, se revocó el Edicto de Nantes. En todas estas medidas de opresión, Luis participó activamente.

Su personalidad explica muchas cosas. Por parte de madre, era español y su política religiosa olía a España, no sólo en relación con los hugonotes, sino también en otros aspectos. No se abstuvo de disputar con la Santa Sede en favor de la autonomía de la Iglesia galicana, en la que ejercía tan gran poder. Ejerció su influencia en favor de los jesuitas en su enconada controversia contra el jansenismo, movimiento evangélico que tenía algo de protestantismo, aunque no arrastró consigo a toda la Francia jurídica y eclesiástica, y la controversia le sobrevivió. Pero, aunque fue algo más que un caudillo nominal, el carácter del Estado francés, el papel que en él desempeñó y su acción internacional surgieron de causas más profundas y amplias que la mente de un solo hombre. Los acontecimientos de los primeros años del reinado de Luis confirmaron las lecciones que ya habían hecho a Francia elegir el gobierno autoritario. Durante su minoría de edad, reinó la anarquía. Los viejos elementos del desorden, los nobles y los tribunales de justicia se disputaban el poder. Carecían de la experiencia política y de la generosidad social que podrían haberlos conducido a una revolución liberal, y un ministro capaz, el cardenal italiano Mazarino, mezcló su propia autoridad y la del rey con métodos más hábiles y menos drásticos que los de Richelieu. Sólo con las derrotas de los últimos años del reinado de Luis XIV, la oposición volvió a levantar cabeza. Entonces, algunos de sus jefes hablaron el verdadero lenguaje del liberalismo; pero carecían de un programa,

salvo el del gobierno por una pequeña clase aristocrática que no estaba a la altura de la tarea. La nobleza existía y no podía ignorarse, pero en cuanto cuerpo era políticamente inútil. Algunos de sus miembros se contentaban con las inocentes ocupaciones de los cortesanos, y muchos más siguieron la carrera que el ejército francés, como los demás ejércitos profesionales de la época, les ofrecía.

El despotismo era el único método por el cual Francia podía vivir en orden y sustentar sus heredas pretensiones internacionales. Y, lo que es más, era un sistema de gobierno que podía vanagloriarse de haber alcanzado éxitos auténticos. Proporcionó a Colbert la maquinaria administrativa que necesitaba. Uno de sus colegas ministros puso al ejército en mejor estado de disciplina y de subordinación más estricta al Estado que en ningún momento anterior; los grandes departamentos, que podían hacer tanto, sólo podían trabajar de acuerdo con su propia construcción y Luis no podía cambiar arbitrariamente la acción recíproca de sus partes. A medida que fue dejando de ser feudal, el Estado se fue tornando impersonal. El rey no leía todos los documentos que firmaba, y mucho menos los escribía. Utilizó incluso secretarios que estaban autorizados para copiar su firma. No comprendía todas las decisiones que daba a conocer, y mucho menos las concebía. En su tiempo, Francia, y otros de los estados más grandes, estaban cayendo en la condición, bien conocida en nuestros días, de todos los estados y algunas de las grandes organizaciones privadas en las que son pocos los hombres que detentan un poder real tan amplio como el de su responsabilidad nominal. En tal estado de cosas, hablar de una política como de la de un hombre, sólo rara vez es algo más que una pintoresca abreviación.

IX. SESENTA AÑOS DE GUERRA, 1659-1721

Cuando Europa quedó pacificada a medias por el tratado de los Pirineos, en 1659, los dos hechos principales de la situación eran la rápida decadencia de España y la conversión de Francia en la potencia más fuerte. Francia se consideraba merecedora de la gratitud de los estados, como la República holandesa y los principados alemanes, a los que había salvado de la dominación de los Habsburgos españoles o austriacos. Guardaba lazos de amistad con un círculo de estados, Suecia, Polonia y Hungría, que la habían ayudado a cercar a los Habsburgos. En cada capital había un partido a su servicio, como los hubo al servicio de los españoles en los días de su grandeza. Mantenían agentes en toda provincia descontenta. A la par que la tendencia de los asuntos económicos y políticos era hacia la intensificación de la competencia internacional, poseía todos los elementos de éxito utilizables en la guerra. Francia había pasado ya de la defensa al ataque y durante cerca de cincuenta años nunca se vio en una guerra que no descara. Tomaba la iniciativa política y sus rivales no podían elegir cuándo, dónde o por qué iniciar hostilidades, ni tampoco cómo terminirlas. El rey y su pueblo se gozaban en su gloria. Unos pocos hombres, cuyas voces podían oírse en las altas esferas, estigmatizaban las guerras por crueles e injustas. Se les acalló fácilmente y, mientras duraron las victorias, fueron olvidados.

La gran cuestión que se debatía en todas estas guerras era la del futuro de los dominios españoles. Toda vez constituían, con mucho, los más ricos y poblados que poseyera un Estado europeo, pero indudablemente no podían seguirlos manteniendo reunidos en su mano. Pero después, de comenzar el gobierno personal de Luis, se presentaron circunstancias que hicieron aparecer como un deber público para Francia decidir el arre-